

CINCO DESAFÍOS PARA LA REFUNDACIÓN DEL CATOLICISMO EN AMÉRICA LATINA

Por PEDRO TRIGO, SJ

1-EL ESCÁNDALO DE LA DESIGUALDAD PIDE UNA MISIÓN PROFÉTICA SUPERADORA

El primer desafío consiste en la constatación de que América Latina es la única región del mundo mayoritariamente cristiana, incluso todavía ambientalmente católica, y por otra parte es la región con más desigualdad. Esta situación constituye una profanación completa del nombre del Dios de Jesús y del propio Jesús de Nazaret, porque los otros habitantes del mundo y los no cristianos de nuestra región se pueden preguntar qué Dios es ese que se compone sin problema con la injusticia, que es insensible a la suerte de las mayorías, que no reta a sus adoradores a cuidar de sus hermanos.

Si el cristianismo proclama que la expresión más elocuente de vivir como hijas e hijos de Dios es practicar la fraternidad con todos, especialmente con los pobres ¿cuál es la calidad de nuestro cristianismo? Y de un modo más concreto ¿qué han hecho los líderes cristianos? El que la desigualdad se mantenga, y el que se mantenga sin protestas continuas y generalizadas de los responsables de la Iglesia y de los católicos que tienen liderazgo, y sobre todo sin una lucha sin cuartel por superarla por parte de todos los que se llaman cristianos, es un escándalo en el sentido más denso de esta palabra, y pone en duda el que en verdad seamos cristianos.

Enfrentar este desafío entraña que los responsables tengan el coraje de hacer una autocrítica a fondo de su gestión, y que se propongan no solo una conversión a Jesús de Nazaret como Mesías pobre de los pobres, que se traduzca en un cambio de solidaridades, sino también que enfrenten proféticamente a los católicos para que se conviertan también y asuman posturas que sean expresiones eficaces y creíbles de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Exige también de todos los que en cada país queramos vivir como católicos consecuentes realizar una opción a fondo por erradicar la pobreza, desde la alianza con los que la sufren, para que a nivel personal y corporativo sean sujetos de su propio desarrollo, cargando a nivel personal con las consecuencias de esta redistribución de recursos y de poder.

Sería triste que por no luchar nosotros denodadamente por igualar las oportunidades, se nos imponga un igualitarismo que no sea expresión de la fraternidad y realizado en libertad.

2-LA ANOMALÍA DE UN CATOLICISMO SIN EVANGELIOS EXIGE ENTREGAR LA BIBLIA PARA QUE JESÚS SEA BUENA NUEVA PARA LOS CREYENTES SINCEROS

En nuestra región existen cristianos que no se limitan a cumplir con la institución eclesíástica sino que son creyentes sinceros que quieren vivir consecuentemente toda su vida en la presencia de Dios. Estas personas no han causado ni usufructúan el abismo de desigualdad existente sino que se duelen de él y hacen lo posible por superarlo. Sobre todo en las clases populares, son personas que viven en obediencia habitual al Espíritu, que dialogan confiadamente y en definitiva en obediencia filial con nuestro Padre materno (con PapaDios, como decimos en Venezuela) que es el Dios de Jesús. Pero estas personas tan religiosas apenas conocen a Jesús de Nazaret y por eso no pueden tener una relación discipular con él, en el sentido estricto de vivir conscientemente la correlación del seguimiento: relacionarse con su situación de modo equivalente a como Jesús se relacionó con la suya. No lo pueden hacer porque no saben cómo vivió Jesús su situación. Y no lo saben porque nadie se lo ha enseñado.

Así pues, en nuestra región, en el mejor de los casos, se vive un teísmo cristiano, pero no en sentido estricto el cristianismo, que consiste en la consagración a seguir a Jesús como enviados suyos, continuadores de la misión que el Padre materno encomendó a su Hijo.

Esta anomalía, esta *incompletez*, de nuestro cristianismo precisa ser subsanada, en primer lugar para custodiar lo bueno que ya existe, el teísmo cristiano del que venimos hablando, pero también para relanzarlo de manera que fecunde con nueva vitalidad a la región y en concreto a cada país. Así pues, el segundo desafío consiste en entregar la Biblia al pueblo cristiano y sobre todo los evangelios, que son su corazón.

Pero la anomalía no será subsanada si antes los responsables de la evangelización no se preguntan si están evangelizados ellos mismos, en el sentido estricto de haber recibido el evangelio de Jesús y contemplarlo en los evangelios hasta hacerlo vida de su vida. Solo entonces sentirán la necesidad y el deseo de cumplir con el mandato recibido de evangelizar a Jesús de Nazaret y estarán en condiciones de hacerlo.

Así pues, este desafío entraña ante todo la lectura orante de la Palabra, como el pan de cada día de cada responsable eclesial, empezando por los obispos, los presbíteros y las religiosas y religiosos, hasta los católicos comprometidos. Solo cuando eso acontezca en una medida apreciable, estarán en condiciones de evangelizar a Jesús de Nazaret mediante la lectura orante comunitaria y las homilias que introduzcan a los fieles responsablemente en los evangelios y los entreguen situadamente.

3-EL CESE DE LA TRANSMISIÓN AMBIENTAL DEL CRISTIANISMO DEMANDA UNA EVANGELIZACIÓN KERIGMÁTICA QUE CONDUZCA AL SEGUIMIENTO DE JESÚS

El tercer desafío consiste en que ese teísmo cristiano, que gracias a Dios existe, está en trance de desaparecer porque empieza a notarse la solución de continui-

dad en su transmisión. En nuestra América el catolicismo se ha transmitido capilarmente, uno a uno, por laicos creyentes que por propia iniciativa han comunicado su experiencia humanizadora, como una llama prende otra llama. Se ha transmitido en familia, por obra sobre todo de alguno de sus miembros que ha tomado la iniciativa desde una autoridad reconocida. Y también han contribuido notablemente los y sobre todo las catequistas, que han actuado por encargo tácito o expreso del párroco del lugar, normalmente bastante distante y ocupado. El tercer canal de transmisión ha sido la escuela, por iniciativa de alguna maestra y más expresamente aún la escuela católica.

Pues bien, es cada vez más frecuente el hecho de que las familias no logran transmitir la fe que a ellos les inculcaron. Esto se echa de ver sobre todo en aquellas familias cuyos padres son católicos muy consecuentes y activos. El problema no consiste en que exista una brecha generacional; por el contrario, los hijos aman



Imagen original de la Virgen de Guadalupe en la nueva Basílica del Tepeyac.

a sus padres y admiran su dedicación a Dios y a los demás, pero ellos, que tal vez se animen a seguir su ejemplo de generosidad, no se sienten sin embargo iniciados a la relación vital con Dios que mantenían ellos. Otro tanto podemos decir de la escuela católica. En el mejor de los casos los alumnos salen con buena preparación, con la decisión de vivir honradamente y de ser solidarios, pero han perdido, o más frecuentemente aun no han adquirido, esa relación con Dios que caracteriza a la persona religiosa.

Es muy complicado averiguar las causas que han provocado esta ruptura en la trasmisión del cristianismo. Creemos que es un precipitado de circunstancias la que en un momento dado, casi repentinamente, ha dado como resultado la pérdida de la tradición, en el sentido activo de trasmisión. Sucede como si la historia pasara la página. Pero de lo que no hay lugar a dudas es del hecho en sí: que el catolicismo, que hasta hoy se había transmitido ambientalmente, ahora ya no se transmite más.

La asunción de este desafío lleva consigo la propuesta de una nueva evangelización fundante, que no puede llevarse a cabo sino uno a uno, aunque la evangelizadora sea una comunidad personalizada y el objetivo, que el neófito entre a ella.

Pero la asunción de este desafío requiere de los responsables preguntarse previamente si ellos mismos han vivido ese encuentro fundante con Jesús de Nazaret o si han llegado hasta ahí viviendo consecuentemente un cristianismo ambiental. La pregunta no puede ser obviada, porque como los responsables en su mayoría se han levantado en ambientes cristianos, puede suceder que, siendo jóvenes nobles y bien dispuestos, hayan recibido con sinceridad la directrices de sus familiares y maestros, hayan aceptado con sencillez la propuesta de ingresar al seminario o a una congregación religiosa y allí con el mismo espíritu recto y dócil hayan asimilado las doctrinas y las directrices hasta llegar a transmitir las, ya formados, con la misma convicción con que se las transmitieron sus mayores.

Estas personas, que siempre han vivido en ambientes homogéneos impregnados de cristianismo, aunque en su trabajo apostólico hayan tenido que tomar contacto con ambientes sin referencias cristianas y personas agnósticas, puede ser que precisamente en estos momentos en los que ya no reciben el refuerzo ambiental, se empiecen a sentir ellos mismos más fríos y desmotivados respecto de la relación con Dios, y caminen llevados por la honradez y el deseo de hacer bien, y hablando como inercialmente de lo que les inculcaron, aunque cada vez con menos contenido estrictamente religioso, más como un mero humanismo que como lo que nace de la relación personal con la comunidad divina.

Esta situación, inesperada y dramática para ellas, demanda de estas personas la *sinceración* de su situación y entrar en el proceso de una segunda conversión,

mucho más personalizada, estrictamente personal. Solo de este modo estarán en condiciones de comunicar a Jesús y al designio de Dios para la humanidad que él revela, a otros que nunca recibieron esta buena noticia.

4- EL FETICHISMO DE MERCADO PIDE LA LIBERTAD DEL ESPÍRITU QUE POSIBILITE LA CONSTITUCIÓN DE SUJETOS HUMANOS

El cuarto desafío lo plantea la nueva época en la que acabamos de ingresar, caracterizada como de globalización; aunque el mayor desafío no lo plantea la época como tal, que si bien entraña retos muy arduos, también proporciona medios para ponerse a su altura, sino la dirección dominante hasta ahora, que podemos caracterizar como totalitarismo de mercado. El mercado es lo menos malo que hemos ideado los seres humanos para adjudicar el producto del trabajo social; por eso el problema no es el mercado. El problema es que el mercado, dejado a su propio dinamismo, se carteliza y desaparece la libre competencia y la igualdad de oportunidades, que son los mecanismos que dinamizan al mercado y lo convierten en un mecanismo humanizador.

Es lo que está sucediendo. En los niveles más altos, que son los decisivos, no hay competencia sino acuerdos políticos, y tampoco en los más bajos pues los grandes imponen sus condiciones, tanto de los productos que sacan al mercado como de su precio y señaladamente del contrato de trabajo. Pero más grave es aún que para que se expanda cada vez más aceleradamente el ciclo de producir y vender se presiona con la propaganda a consumir compulsivamente. Así se pone a los seres humanos en función de la producción y el consumo, *unidimensionalizándolos*, someténdolos a un ritmo frenético y a una presión que alienan. Si nos definimos como productores y consumidores, no nos definimos como hijos de Dios y como hermanos de los demás sino como individuos que aspiran a la autarquía y compiten entre sí.

En este horizonte no cabe el cristianismo. Solo hay espacio para él como una dedicación de tiempo libre y con un objetivo consolatorio, compensatorio de tanta compulsividad y vacío. Ese es el sentido de muchas de las devociones que proliferan en nuestro ambiente.

Esta situación enfrenta a los creyentes a un dilema: si se acepta la marca de la Bestia, sin la que no se puede comprar ni vender (Ap 13,16-17), es decir si uno se entrega a estas reglas de juego definiéndose por ellas, ya no es un sujeto humano ni un adorador del Dios de Jesús. Si uno se define como adorador del Dios de Jesús, tiene que pagar el precio de no definirse por las reglas de juego sino usarlas solo en la medida en que se restrinjan al ámbito de lo útil, subordinado al de las relaciones de filiación y fraternidad. Este desafío es, como se echa de ver, sumamente exigente.

En rigor los católicos solo lo pueden acometer, si su relación personal con Dios y fraterna con los hermanos es tan densa que en verdad vivan de ella. Si esas relaciones no son tan personalizadas y no tienen tanta prestancia, sus expresiones religiosas no pasan de ser el grito de la criatura por la vida miserable que soporta en este sistema deshumanizador; pero un grito impotente, del que solo puede brotar ilusión y consuelo, pero no transformación superadora.

El Dios liberador no acepta súbditos sino personas que se mantienen ante él libremente y Jesús fue ungido por el Espíritu para liberar a los oprimidos. La relación con Dios y con Jesús libera nuestra libertad y nos hace sujetos humanos capaces de mantener su libertad frente a toda presión y de ayudar a que se liberen los demás.

5- EL MULTICULTURALISMO DE LA REGIÓN PIDE UN NUEVO PENTECOSTÉS QUE POSIBILITE LA INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO Y LA IMPLANTACIÓN DE LA IGLESIA EN CADA CULTURA

El quinto desafío se relaciona con la nueva época en la que está entrando América Latina. Después de la primera época amerindia y de la segunda, en la que el dominio despótico y en el mejor de los casos la hegemonía la han tenido los occidentales, se abre una tercera que consiste en la lucha que mantiene un número creciente, perteneciente a etnias y culturas no occidentales, porque sean reconocidas sus culturas, incluso a nivel institucional, de tal manera que América, sin dejar de ser latina, sea también amerindia, afrolatinoamericana, campesina y suburbana, y esto no como una fragmentación de ámbitos estancos sino en relaciones simbióticas, no solo interétnicas e interculturales sino en distintos tipos de hibridaciones y mestizajes.

¿En qué sentido esta nueva época desafía a la Iglesia? En cuanto hace necesaria la inculturación del evangelio a cada una de esas seis culturas, y de modo particular en cuanto que para ello exige que haya en cada una de las culturas una masa crítica de sujetos que viven con profundidad cristiana, porque solo ellos podrán inculturar el cristianismo a sus culturas y expresar novedosamente el cristianismo desde ellas, y, finalmente, en cuanto pide que los ministros consagrados sean no solo de cada una de las etnias sino también de sus respectivas culturas.

Insistimos en que la inculturación del cristianismo a cada cultura solo la podrán llevar a cabo personas de esa misma cultura, que además tengan asimilado el cristianismo en un grado realmente excelente, ya que, si no es así, lo que nacerá no pasará de manifestaciones culturales con motivos cristianos, y no llegará a ser una versión nueva del cristianismo y a la vez una transformación recreadora de su cultura.

Tenemos que reconocer que, si ya la inculturación es muy problemática porque, aunque en principio el

Vaticano II haya roto con la sacralización de la cultura occidental y haya posibilitado la inculturación del evangelio a las demás culturas, todavía las resistencias por parte de la autoridad central vienen impidiendo que se lleve a cabo la inculturación, es más fuerte aún la sacralización del talante occidental de los ministros ordenados. En América Latina la institución eclesiástica, incluida la Vida Consagrada, es criolla, es decir occidental americana (cuando no es occidental a secas), y no se ven indicios de que esté dispuesta a dar lugar a la conformación de ministros de las demás culturas.

Por eso asumir este desafío implica para los miembros de la institución eclesiástica dar lugar para que en la Iglesia quepan otros tipos de ministros ordenados, es decir que se llegue a ordenar a miembros de esos conjuntos, que renueven su cultura desde la asunción a fondo del evangelio y que a la vez expresen el Evangelio novedosamente al expresarlo en las claves de su cultura.

Solo un amor muy grande, por parte de los actuales responsables, al Evangelio y a esos hermanos suyos en cuanto seres culturales y espirituales, a la vez que el reconocimiento humilde de que ellos no pueden inculturar el evangelio a esas culturas que no son las suyas, y que el tiempo (y el Señor de la historia) pide hacerlo, puede proporcionar la audacia para propiciar ese proceso, que, insistimos, no está bien visto por el centro de la comunión católica, que debería reconocerlo y estimularlo. Claro está que el paso previo elemental es el reconocimiento de las seis culturas que conviven en la región y, con distintos énfasis en cada país el reconocimiento de que es el Señor el que pide reconocerlas incluso institucionalmente.

No cabe duda de que estos cinco desafíos son de tal envergadura que, si los afrontamos, renacerá el catolicismo entre nosotros, no solo con una vitalidad inédita sino con una fisonomía más inédita todavía. Esta será una gran contribución a nuestra región. Como escribo desde Venezuela, un dato esperanzador de que lo que proponemos es viable es que el Concilio Plenario Venezolano, que comenzó con el siglo y concluyó hace dos años, haya considerado estos cinco retos con toda la amplitud deseable. La disposición a cambiar reluce sobre todo en la autocrítica pormenorizada de todo lo que en nuestra Iglesia exige transformación. También se ha referido a estos retos la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en el santuario mariano de Aparecida (Brasil), aunque desgraciadamente, sin la correspondiente autocrítica.